

## Lección No. 4.- EVANGELIZADORES POR VOCACION

La Iglesia y todos sus miembros tienen una misión primordial: evangelizar

### 13. hacia una comunidad evangelizada y evangelizadora

El primer efecto que consigue la predicación de Jesús es despertar la conciencia y alertar la atención de los que la oyen para provocar en ellos el hambre de Dios, y así el Señor nos lo presenta en la parábola del Sembrador (Lc 8,4-15).

Con todo, nos lo previene el mismo Divino Maestro en esta parábola, la respuesta a la predicación no es la misma en cada uno de los que la reciben; por ello Paulo VI indica que tras la escucha de la Palabra ocurre que sólo algunos la acogen y por esa acogida llegan a la participación de la fe. Estos son los que terminan por reunirse en el nombre de Jesús, es decir, al rededor de El.

Tal reunión ocurre con características especiales. La gente puede reunirse por motivos diversos: debido a un suceso ocasional y en forma desordenada, se le llama tumulto; por un percance de alcance considerable lo llamamos aglomeración; con el fin de presenciar un espectáculo recibe el nombre de concurrencia; por una causa social o cívica se denomina manifestación o mitin; por motivos morales o espirituales de alcance trascendental, se le nombra 'asamblea'.

En el tumulto y la aglomeración no existe nada que una a los individuos, tan sólo una causa circunstancial; la aglomeración ocurre sin que haya nada previsto; la concurrencia se encuentra reunida únicamente por la superficialidad del interés por el espectáculo y dura lo que éste; la manifestación o mitin logra una relación mayor, según sean los intereses de partido o el sentido de grupo cívico-político.

Donde se da verdadera unión es en la asamblea, ya que las causas morales y espirituales logran la afinidad de las almas, de la parte espiritual del hombre, con relevancia sobre la unión material de los cuerpos.

Pero es únicamente en la asamblea de tipo netamente espiritual donde se da no sólo la unión sino la *identificación* (latín: '*idem*' = '*el mismo*'), es decir, todos se hacen uno, porque verdaderamente sienten lo mismo, buscan lo mismo, les interesa lo mismo, se esfuerzan por conseguir lo mismo.

La Iglesia es una asamblea de tipo espiritual, pero con características tales que la hace ocuparse del hombre entero en todos sus aspectos.

El acceso al sentido de unidad en ella se da por pasos: primero es la *escucha* de la Buena Nueva; enseguida ella es *acogida*, recibida con sinceridad, esto es, con mente y corazón abiertos para recibirla; el tercer paso es la *participación* en la fe, creer, pero aquí ya no solo, sino unido por principio unido a los demás; es hasta entonces cuando empieza a reunirse en nombre de Jesús, al rededor de Jesús, aunque no se le ve a El, sino que se le mira y siente en su Cuerpo místico.

Toda asamblea eclesial, para ser viva y operante, tiende hacia una meta de orden común en bien de todos sus miembros, y esto constituye un motivo más de unión. Los que se reúnen al rededor de Jesús tienen como meta común el Reino de Dios; ellos han de afanarse en la tarea común de construirlo, ante todo dentro de sí mismos haciéndolo vida, luego participarlo con los demás.

Pasamos adelante: la comunidad, de evangelizada se convierte en evangelizadora, esto es: pasa a la forma activa de hacer que otros escuchen la palabra, la

acojan, la acepten, etcétera. A este respecto nos recuerda el Papa que la orden de proclamar el Evangelio dada a los Doce, se extiende a todos los cristianos, si bien unos lo harán conforme a su ministerio o sacerdocio ministerial, y otros, los más, debido a su compromiso bautismal, o *sacerdocio del agua lustral*.

Por lo que añade: «*aunque de manera diversa*». Con distingue una realidad: el Orden jerárquico tiene la autoridad en la proclamación, autoridad que le viene de Cristo mismo, por lo que todos los cristianos están subordinados a la Jerarquía; esto es, que en la proclamación de la Palabra se ha de observar el Orden y autoridad de la Jerarquía instituida por Jesús mismo en San Pedro y los Apóstoles, y transmitida a sus sucesores. A nadie es lícito evangelizar si no es unido de algún modo a su Obispo, y autorizado por él directamente o a través de alguien.

Aquí nos pone como modelo de esta comunidad evangelizada y evangelizadora, a aquella que San Pedro, primer Papa, definiera tan perfecta y enteramente, y con tan pocas palabras:

**pueblo** (comunidad) adquirido por Cristo por medio de su sangre; al cual convenció por la proclamación de la Palabra (*convencer: cum*, en compañía de; *vincere*, vencer; esto es, una forma de vencer en que el vencido se identifica con el que vence, por haber llegado a la conformidad de ambos en la misma opinión). Fijémonos que no se trata de *vencer*, sino de *convencer*.

**adquirido** para un fin: proclamar a su vez, la Buena Nueva de Dios, quien nos vino a sacar de aquel estado de prostración espiritual al de la regeneración por la Redención.

Añade además, otra característica de esta comunidad evangelizada y evangelizadora: está formada por hombres de todos los pueblos, razas y lenguas una comunidad que es universal y en la que caben todos los hombres del mundo, de todas las razas y lenguas, de todas las naciones y épocas. Es, pues, *universal en el espacio y en el tiempo. ecuménica y cosmopolita*.

Termina Paulo VI este párrafo recordándonos que la evangelización por parte de los ya evangelizados es un deber —*no tan sólo una opción*—, para que de este modo la Buena Nueva llegue a ser del conocimiento de todos los hombres.

#### 14. La evangelización, vocación propia de la iglesia

Ya vimos que una agrupación de personas unidas por un motivo espiritual constituye una asamblea por identificación. Cuando es Cristo el centro de la asamblea, la identificación es total, pues todos los que se reúnen son *crístificados* con la reproducción de Cristo en cada uno de ellos. Más aun, la asamblea como comunidad: —*crístificados sus miembros todos*—, se identifica con Cristo constituyendo su *Cuerpo místico*, y El se constituye a Sí mismo en Cabeza de la comunidad, que es la Iglesia. Por lo que dice el Apóstol: “...*crezcamos en todo hasta Aquel que es la Cabeza, Cristo, de quien todo el Cuerpo recibe trabazón y cohesión...*” (Ef 4,15). Aquí viene muy a propósito aquel principio de que «*dos cosas que son iguales a otra, son iguales entre ellas*»: si en la asamblea cristiana cada uno de sus miembros se identifica con Cristo, por esa crístificación que en él se opera, lógico es que todos los miembros —*crístificados todos*— ya son una sola cosa en Cristo. *Pero conservando cada uno su individualidad sin confusión.*

Como consecuencia, no caben entre nosotros las disensiones ni las divisiones que, a más de ser escándalo para el mundo, demuestran que estamos lejos de dejarnos cristificar por Cristo: *"Me refiero a que cada uno de vosotros dice: 'Yo soy de Pablo', 'Yo de Apolo', 'Yo de Cefas', 'Yo de Cristo'. ¿Está dividido Cristo? ¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros?... pues todavía sois carnales. Porque mientras haya entre vosotros envidias y discordias ¿no es verdad que sois carnales y vivis a lo humano? Cuando dice uno: 'Yo soy de Pablo', y otro: 'Yo soy de Apolo', ¿no procedéis al modo humano?"* (1 Co 1,12-13 y 3,-4).

Conseguir la unión en Cristo no es fácil, ni se logra de inmediato, ni de manera estable sin la propia contradicción; pues cada día los miembros de una comunidad lograda en el espíritu de Cristo, deben luchar contra sí mismos y vencerse para ser más y más semejantes a Cristo.

A esta cristificación, hablando de sí mismo, alude San Pablo cuando dice: *"Con Cristo estoy crucificado y, vivo, pero no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí"* (Ga 2,19-20).

Paulo VI nos lleva a reflexionar que, si por mandato del Señor y a semejanza suya, nos hemos de decidir a evangelizar más allá de nuestra ciudad, más allá del territorio y de los que son nuestros prójimos más próximos, de los que amamos según la carne; preciso es que esa preocupación se borre para bien de nosotros y de nuestro propio ambiente eclesial, y que perseveremos: es erróneo pensar que una vez que fuimos evangelizados, ya lo estamos permanentemente.

Lo que dijimos de nuestra cristificación, hemos de decirlo también de nuestra evangelización: día a día debemos acrecentarla, bajo el peligro constante de *desenvangelizarnos*, como de *descristificarnos*, por la natural tendencia de nuestra miseria humana a olvidar, a caer en rutina y costumbrismo, a llegar a mirar con apatía e indiferencia lo que un día vivimos con entusiasmo y resolución de que eso sería el propio vivir de cada uno para siempre.

Los laicos, inmersos en el mundo, sujetos al bombardeo de ideas y máximas mundanas, a ejemplos y consejos —a veces de buena intención—, tentaciones de lucro, ostentación y prosperidad material, requerimos volver una y otra vez a reflexionar sobre el Evangelio.

La exclamación del Apóstol: *"¡Ay de mí, si no evangelizara!"* (1 Co 9,16) nos recuerda que la constante actividad en el apostolado es la mejor motivación que puede tener el cristiano para mantenerse y avanzar en el camino de la virtud y perfección, y es, la primera recompensa que ya desde esta vida se recibe al hacerlo. Dice San Pablo: *"El que planta y el que riega son una misma cosa; si bien cada cual recibirá el salario según su propio trabajo, ya que somos colaboradores de Dios, y vosotros, campo de Dios, edificación de Dios."* (1Co 8-9)

Quiere hacemos entender Paulo VI lo que es en su esencia la misión que Cristo confió a la Iglesia. Es esto de suma importancia porque la esencia de las cosas define mejor que nada lo que cada cual es:

Por *misión* (latín: *missio* = *envío*) entendemos el hecho de que Jesucristo, tras echar los fundamentos de su Iglesia en los Doce, a quienes constituyó como columnas de ella, los envió a predicar el Evangelio por todo el mundo.

Por la palabra *esencia* (latín *esse* = ser) entendemos el conjunto de propiedades que tiene una cosa, por las cuales ella es lo que es, y no es otra cosa, ni todo lo demás es igual a ella.

Así pues, al hablar de la *misión de la Iglesia* nos referimos a aquello para lo que ella fue instituida. Y al decir que su misión es esencial en la Iglesia, queremos expresar que la misión es parte de su ser, y razón de su existencia; o sea, que la Iglesia existe por su misión, que de no existir esa misión no tendría razón de ser.

La misión de la Iglesia se extiende a estas tres funciones:

- enseñanza*, lo que constituye el *Magisterio*,
- santificación*, lo que constituye el *Sacerdocio*,
- gobierno* lo que constituye el *Apacentamiento*.

El Padre, Principio de toda existencia, poder, conocimiento, perfección y orden, confiere el Señorío en todo a su Hijo, a quien después de asumir la naturaleza humana llamamos Jesucristo. De las prerrogativas que Jesús posee arranca su misión y nuestra misión: *"Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo."* (Mt 28,18-20). *"El es Imagen de Dios invisible, Primogénito de toda la creación, porque en El fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades: todo fue creado por El y para El, El existe con anterioridad a todo, y todo tiene en El su consistencia. El es también la Cabeza del Cuerpo, de la Iglesia: El es el Principio, el Primogénito de entre los muertos, para que sea El el primero en todo, pues Dios tuvo a bien hacer residir en El toda la Plenitud, y reconciliar por El y para El todas las cosas."* (Col 1,15-20).

Cristo delega a los Doce Apóstoles y los sucesores de éstos, el Papa y los Obispos, las tres funciones de *Maestro*, *Sacerdote* y *Pastor* que el Padre le confirió a fin de que, al hacerse hombre, en el cumplimiento de ellas realizara nuestra redención, para lo cual les proporcionó:

- su *Doctrina* como *Maestro*,
- sus *Sacramentos* como *Sacerdote*,
- su *Autoridad* como *Pastor*.

En consecuencia, la misión de la Iglesia tiene como origen al Padre en cuanto que dicha misión es ordenada por El; a través del Hijo como su *Fundador*, *Cabeza* y *Centro*; y al *Espíritu Santo*, como *Animador* e *Impulso* de toda realización.

De las tres funciones que constituyen la misión esencial de la Iglesia, la de *enseñar* incluye la evangelización, que es la primera fase, el inicio de esta enseñanza, y mantiene a la vez a sus miembros en el espíritu que Cristo le imprimió.

Insiste el Papa en la importancia de la misión evangelizadora para indicarnos que ella es gozo y vocación de la Iglesia:

- Para toda criatura inteligente es motivo de gozo sentir que ha realizado aquello que se ha propuesto hacer; también para la Iglesia evangelizar es motivo de gozo, al sentir que realiza lo que ella se ha propuesto llevar a cabo, según fue dispuesto por su divino *Fundador*, aunque la evangelización total se haya de con-

seguir por etapas, las que ella se va fijando continuamente a través de los siglos.

☑ Segundo motivo de alegría es para todos nosotros la realización de la propia vocación, tanto más cuando claramente se ve en ello el motivo de su ser. Luego; si realizar la propia vocación es vivir a plenitud la propia existencia, evangelizar es *el ser* en toda su extensión. Si para la Iglesia su vocación es el llamado del Padre por medio de su Hijo y al impulso del Espíritu Santo a una colaboración única en la salvación de la humanidad, fácil es imaginar el júbilo que la vocación realizada debe producir en la Iglesia, particularmente *en sus miembros vivos activos*.

☑ Gozo y alegría que sentiremos todos y cada uno de los que formamos la Iglesia, y que sólo podemos experimentar cuando personalmente colaboramos en la realización de la vocación de ella —que es la nuestra—: *salvar*. Entonces se hacen realidad las parábolas de la oveja y la dracma perdidas (*"Lc 15,4-10*).

El cómo ha de realizarse esto lo describe Paulo VI detalladamente:

☑ **predicando**, esto es, proclamando; Cristo con énfasis lo indica: *"Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo vosotros a plena luz; y lo que oís al oído, proclamadlo desde los terrados."* (Mt 10,27).

☑ **enseñando** a los que acuden a la proclamación, según procedía el Divino Maestro, cuya virtud reconocían sus adversarios: *"Maestro, sabemos que eres sincero y que enseñas el camino de Dios con franqueza, y que no te importa de nadie, porque no miras la condición de las personas."* (Mt 22,16).

☑ Siendo **canal de gracia**, particularmente ayudando a nuestros hermanos a obtenerla o recuperarla, por medio de la oración y de los sacramentos, teniendo presente que *nadie da de lo que no tiene*: si nosotros mismos no abundamos en gracia, jamás seremos verdaderos canales de gracia para nadie.

## 15. Vínculos recíprocos entre la iglesia y la evangelización

El inciso 15 es un resumen o reconsideración de la actividad propia de la Iglesia, para terminar en la conclusión a que llega el Papa en el siguiente inciso n. 16.

El quiere llevamos a que —por vía de la lectura del Nuevo Testamento— vivamos los primeros días de vida de la Iglesia, caminando paso a paso a lado de los Apóstoles, con ánimo de que constatemos vivencialmente la relación íntima entre Iglesia y Evangelización: qué mejor manera podría haber de llegar a una certidumbre sobre esto, que volver vivir los sucesos de una historia.

☑ Considera la Iglesia como el resultado fructífero que proviene directamente de la actividad evangelizadora de Jesús; pero no sólo en general, sino atendiendo a los Doce en particular, conviviendo con ellos día a día durante tres años por los campos y las ciudades de Tierra Santa: efectivamente, a la atención que Cristo les procuró se debió que al tiempo que iba evangelizando a la muchedumbre, simultáneamente evangelizaba y formaba como evangelizadores a los Apóstoles, de suerte que iba integrando paso a paso el *«colegio apostólico»* que, llegado Pentecostés, a impulso del Espíritu Santo habría de lanzarse a la conversión de las multitudes, según narran los Hechos de los Apóstoles.

☑ Es así la iglesia, desde su naciente germen apostólico, instrumento vivo de evangelización, agente de difusión del Evangelio, no incidentalmente utilizada,

sino esencial y específicamente instituida para ello, con una misión que empieza en el mandato que precede inmediatamente a la Ascensión del Señor, para prolongarse hasta que El vuelva.

☑ Es la Iglesia, desde entonces, el signo de Cristo en el mundo y ante el mundo: humana y divina a la vez: en lo humano, sin brillo; en lo divino, luminaria; como que es ella misma en si y para si misma un misterio; lejos de comprenderse a sí misma, vive y avanza en los siglos confiando en su Fundador.

☑ Ella es Jesús, ausente en lo visible y místicamente presente entre los que en su nombre se reúnen, fiel a su promesa: *"Y sabed que Yo estoy entre vosotros todos los días hasta el fin del mundo"*. (Mt 28,20).

☑ Vivimos en la esperanza de la vuelta del Señor: *"Pero nosotros somos ciudadanos del cielo. de donde esperamos como salvador al Señor Jesucristo..."* (Flp 3,20). Con todo, nos dice Paulo VI para terminar, no ha de entenderse que la espera en que vivimos es un estado quieto y de grupo cerrado, como ocurrió durante la espera del Espíritu en los días antes a Pentecostés. Ha de ser confiada y activa, abierta al mundo según el designio de Dios *"que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad."* (1Tm 2,4).

En seguida nos recuerda el Papa que –siguiendo los pasos de Jesús– la Iglesia ha de realizar la evangelización por el testimonio de vida de sus miembros ante el mundo. La vida de la Iglesia es espiritual e interior, pero con signos externos que el mundo puede contemplar.

☑ su vida íntima transcurre invariablemente enmarcada en el cuadro plasmado en los Hechos de los Apóstoles: dedicada a la oración, la Palabra y la doctrina alimentada por la Eucaristía, y dirigida por el Magisterio jerárquico, en el amor y la mutua asistencia entre sus miembros.

☑ Este es el testimonio que ante el mundo servirá señaladamente para que los hombres se conviertan: primero llamará la atención, mas tarde dará oportunidad a la evangelización por la palabra cuando ellos inquieran por qué el cristiano vive así en medio de un mundo que se comporta en forma contraria.

☑ Debido a esta forma de vida –por ella sola– ya los cristianos evangelizan al mundo. San Pedro así lo indica: *"Tened en medio de los gentiles una conducta ejemplar a fin de que, en lo mismo que os calumnian como malhechores, a la vista de vuestras buenas obras den gloria a Dios en el día de la visita."* (1P 2,12).

Pasa a insistir el Pontífice en la permanente necesidad que tiene la Iglesia de vigilar al interior –hacia sus propios miembros–, que nunca dejarán de tener necesidad de *reconversión*. En ellos todo debe tener signo comunitario: fe, esperanza, amor. Incluso porque la vida comunitaria tiene valor de apoyo espiritual, moral y material mutuo, y garantía de perseverancia.

Este apoyo y esta garantía se hacen relevantes cuando, como ocurría en el pueblo de la Antigua Alianza, se vive rodeado de una nueva forma de paganismo, donde progresan y avasallan los ídolos de la comodidad, el placer, la ciencia y la técnica mal usadas; es indispensable acudir a la convocación cristocéntrica para evitar la dispersión destructora. Buscar de continuo la constante reevangelización de cada uno y en colectividad eclesial, y la conciencia de grupo.

Pasa el Papa a hacer mención de la decisión que tuvo Cristo de canalizar por

medio de la Iglesia el conjunto de sus riquezas evangelizadoras para bien de los hombres, haciéndola depositaria y administradora de ellas, y así las menciona:

☑ al instituir su Nueva Alianza puso en manos de los Doce la realización de las promesas; sus enseñanzas, que van a ser explicadas, extendidas, difundidas por el Magisterio apostólico; la Palabra que por la acción impulsora del Espíritu Santo se tomará para los Apóstoles clara e inconfundible, como lo anunció el Señor: *"Cuando venga el Paráclito, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, y que Yo os enviaré de junto al Padre, El dará testimonio de mí. También vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio."* (Jn 15,26-27)

☑ También les otorgó las riquezas confiadas por El al cuidado y ministerio de su Iglesia: las fuentes de gracia de la benignidad de Dios: los sacramentos y los principios de santificación: *"No son del mundo, como Yo no soy del mundo. Conságralos en la verdad: tu Palabra es verdad. Como tu me has enviado al mundo, Yo también los he enviado al mundo. Y por ellos me consagro a mí mismo, para que ellos también sean consagrados en la verdad. No ruego sólo por éstos, sino también por aquéllos que por medio de su palabra, crean en mí."* (Jn 17,16-20)

☑ Los dones y carismas otorgados a los Apóstoles fueron transmitidos por ellos mediante la *imposición de las manos* a sus colaboradores, y en delante de éstos a sus sucesores. Aunque es un hecho negativo que Simón el Mago pretendiera adquirir tal poder para su beneficio personal, el siguiente pasaje revela mucho sobre la *sucesión apostólica*: *"Al ver Simón (Mago) que mediante la imposición de las manos de los Apóstoles se daba el Espíritu, les ofreció dinero diciendo: 'Dadme a mí también este poder para que reciba el Espíritu Santo aquel a quien yo imponga las manos'. Pedro le contestó: 'Vaya tu dinero a la perdición y tú con él; pues has pensado que el don de Dios se compra con dinero'."* (Hch 8,18-20).

☑ Termina aquí Paulo VI recordando que toda esta riqueza depositada por Cristo en la Iglesia como elemento evangelizador, debe ser puesto al servicio de la evangelización y no guardado como tesoro improductivo, lo que quedaría en la posición insensata del siervo que enterró los talentos (Mt 25,25).

Con respecto a la necesidad que tiene la Iglesia de ser y permanecer evangelizada, para después enviar a sus miembros a evangelizar fuera de ella, toca un nuevo aspecto: aquellos miembros de la Iglesia que salen a evangelizar no van por sí solos ni lo harán: en su nombre propio: son *ella misma* que se prolonga en ellos; ella es quien le ha dado a cada uno de sus enviados los elementos necesarios para realizar la evangelización; es ella quien evangeliza a través de ellos.

Es importantísimo esto: el evangelizador que es enviado a evangelizar no ha de proceder como en una empresa de *carácter personal*, sino *comunitario*. En especial, la doctrina que va a proponer y explicar va a ser la misma que él ha recibido de la Iglesia, como ella la recibió de Cristo su Divino Fundador.

Por esto hace hincapié el Papa en la fidelidad con que se ha de transmitir el mensaje, que es propiedad de solo Cristo, previniendo de la inclinación a la que viciosamente se puede tender de alterarlo, aún de manera inconsciente, añadiéndole conceptos personales o una modalidad al gusto del que evangeliza. Este, sea dicho con toda claridad y exactitud, *no puede alterar lo que es de solo Cristo*.

La palabra *ministros*, esto es servidores, que emplea, coincide con la cita en que el Apóstol recuerda a los evangelizadores lo que son: *"No nos predicamos a*

*nosotros mismos, sino a Cristo Jesús como Señor, y a nosotros como siervos vuestros por Jesús.*" (2 Co 4,5). Hacerse siervo es darse todo entero como María. *"He aquí la esclava del Señor; hágase en mi según tu palabra."* (Lc 1,38).

## 16. La Iglesia, inseparable de Cristo

El tema que trata para terminar este capítulo Paulo VI, reviste particular gravedad. Como vimos para comenzar esta lección, todo el resumen que hace en el n.15 de lo antes tratado –con algunas ideas subrayadas–, desemboca en este n.16 con su persistente preocupación: hay una ligazón estrechísima e imposible de olvidar, o de no tomar en consideración, entre Cristo y la Iglesia.

Aunque la evangelización sea realizada individualmente constituye un acto eclesial hecho en nombre de la Iglesia, unidos en espíritu los evangelizadores a la comunidad universal, y como parte de ella, ya que son miembros suyos, la Iglesia, a su vez, está estrechamente unida a Cristo, como el Cuerpo a su Cabeza: así, evangelizadores, Iglesia y Cristo son un todo indiviso. Nunca podrá darse una evangelización legítima siendo el actor persona contraria a la Iglesia.

Hay quienes dicen amar a Cristo, pero no lo aman en su presencia mística que es la Iglesia; dicen escuchar a Cristo, pero desoyen a Cristo que vino a congrega lo que estaba disperso; dicen estar con Cristo, pero rehuyen formar parte de su Cuerpo Místico. Este modo de amar a Cristo es un absurdo –en su esencia contrario a la verdad–, una dicotomía (*δυο δυο = dos; χωρισμος jorismos = separación*; es decir, división en dos: por un lado Cristo y por otro la Iglesia).

Cita Paulo VI la obra de San Cipriano «De la unidad de la Iglesia»: *"A Pedro se le da el primado, para que se manifieste que es una la Iglesia de Cristo... El que no tiene esta unidad de la Iglesia, ¿cree tener fe? El que se opone y resiste a la Iglesia, ¿tiene la confianza de encontrarse dentro de Iglesia?... El Episcopado es uno solo, cuya parte es poseída por cada uno 'in solidum' (todo entero). La Iglesia también es una, la cual se extiende con su prodigiosa fecundidad en la multitud a la manera que son muchos los rayos del sol, y un solo sol; y muchos los ramos de un árbol, pero uno sólo el tronco fundado en firme raíz; y cuando varios arroyos proceden de un mismo manantial, aunque se haya aumentado su número con la abundancia del agua, se conserva la unidad de su origen. Separa el rayo del cuerpo del sol: la unidad no admite la división de la luz; corta un ramo del árbol: este ramo no podrá vegetar; ataja la comunicación del arroyo con el manantial y se secará. Así también la Iglesia, iluminada con la luz del Señor, extiende sus rayos por todo el orbe; pero una sola es la luz que se derrama por todas partes, sin separarse la unidad del cuerpo; con su fecundidad y lozanía extiende sus ramas por toda la tierra, dilata largamente sus abundantes corrientes, pero una es la cabeza, uno el origen y una la madre, abundante en resultados de fecundidad. De su parto nacemos, con su leche nos alimentamos y con su espíritu somos animados... No puede tener a Dios por Padre el que no tiene a la Iglesia por Madre... Fuera del arca de Noé nadie se salvó; lo mismo sucede con la Iglesia... Los falsos doctores son mucho peores que los lapsos (los que renegaban de la fe por temor al martirio)... Que nadie se pierda por el ejemplo de los que se han separado; antes bien, que todos éstos vuelvan a la Iglesia..."*